

llegaron doce pajes, con el maestresala, para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa, con solos cuatro servicios. La duquesa y el duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo, que debia de ser el grave religioso que, con los duques, salió á recibir á Don Quijote. Hicieronse mil cortesés comedimientos, y, finalmente, cogiendo á Don Quijote en medio, se fueron á sentar á la mesa. Convidó el duque á Don Quijote con la cabecera de la mesa; y, aunque él lo rehusó, las importunaciones del duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el duque y la duquesa á los dos lados. Á todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacian; y, viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: "Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos." Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo: "No tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco há vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal.—Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote; dí lo que quisieres, como lo digas presto.—Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quijote, que está presente, no me dejará mentir.—Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir.—Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra.—Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas.—¡Por vida del duque, dijo la duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto! quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto.—Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad, por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir, es este: Convidó un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venia de los Álamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencía de Quiñones, que fué hija de Don Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia, años há, en nuestro lugar, que, á lo que entiendo, mi señor Don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo, el travieso, el hijo de Balbastro, el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? ¡dígalos por

su vida, por que estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso!—Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero, de aquí adelante, no sé por lo que os tendré.—Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias.—No ha de acortar tal, dijo la duquesa, por hacerme á mí placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias; que, si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.—Digo, pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado.—¡Adelante, hermano! dijo á esta sazón el religioso; que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.—Á menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así, digo que, llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y, por mas señas, dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque.—¡Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que, sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento!—Es pues el caso, replicó Sancho, que, estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca....." Gran gusto recibian los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. "Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: Sentaos, majagranzas; que, adonde quiera que yo me siente, será vuestra cabecera:—y este es el cuento; y en verdad, que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito." Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa, por que Don Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y, por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa á Don Quijote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. Á lo que Don Quijote respondió: "Señora mia: mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; pero ¿adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la mas fea labradora que imaginarse puede?—No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la mas hermosa criatura del

mundo; á lo menos, en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: ¡á buena fe, señora duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato!—¿Habéisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el duque.—Y ¡cómo si la he visto, respondió Sancho! pues ¿quién diablos, sino yo, fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre.” El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el duque de ordinario, y él se lo había reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y, enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque, le dijo: “Vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.” Y, volviendo la plática á Don Quijote, le dijo: “Y á vos, ¡alma de cántaro! ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que venceis gigantes, y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando qué reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?” Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varon; y, viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pié, y dijo..... Pero, esta respuesta, capítulo por sí merece.

CAPÍTULO XXXII.

De la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

LEVANTADO, pues, en pié Don Quijote, temblando de los piés á la cabeza, como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: “El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos, el haberme reprendido en público, y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprension; pues, las primeras, mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador, sin mas ni mas, *mentecato* y *tonto*. Si no, dígame vuesa merced, por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della, y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo. ¿No hay mas sino, á trochemoche, entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y, habiéndose criado algunos en la estrechez de algun pupilaje, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? Por ventura, ¿es asunto vano, ó es tiempo malgastado el que